

Las fuentes visuales de Francisco de Goya

R. C. Zaragoza

Dentro del ciclo que sobre Goya organiza el Museo Camón Aznar, dictó el pasado jueves una lección sobre las fuentes visuales del artista de Fuendetodos el catedrático de la Complutense y ex director del Museo del Prado, Alfonso E. Pérez Sánchez.

En su intervención pasó revista a la cultura visual goyesca, amplia y despreocupada, que supo fundir en un lenguaje personalísimo elementos bien dispares. «Se tiende siempre, al pensar en Goya, a ver en él el genio en estado puro, pero el mismo Goya nos advierte que junto con el estudio de la realidad —de la que quizá lo que más le interesase fue el hombre y sus pasiones— el artista ha de mirar a otros artistas, especialmente a aquellos que más cerca están del logro supremo que él mismo deseaba alcanzar», comenta Pérez Sánchez.

Goya, a lo largo de su extensísima producción y vida, demuestra haber mirado y admirado a muchos de los maestros del pasado, nutriéndose de ellos, desde los años juveniles de Italia hasta los mismos años de su madurez, cuando desea medirse con los grandes del pasado.

La presencia de las referencias visuales ajenas en la obra de Goya no sigue un curso ordenado y cronológico. El conferenciante puso de manifiesto la capacidad de «esponja» del artista aragonés que interpretó en su provecho estampas y pinturas de artistas tan variados como Correggio, Salvatore Rosa, Giaquinto, Carlo Maratta, Poussin, Miguel Angel Houasse, Rembrandt, Murillo, Ribera o Velázquez.

Unas veces se trata de copias literales, como en el caso de las pinturas del oratorio del antiguo palacio zaragozano del conde de Sobradiel (actual Colegio Notarial), cuyos óleos trasponen al lienzo grabados de Maratta; en otras ocasiones existe una asimilación de formas que da lugar a reinterpretaciones. Este es el caso de la emulación realizada por Goya del arte de Velázquez.

Con todo ello, Goya se nos dibuja como una sensibilidad enormemente abierta y permeable. Su cultura visual se nos presenta como excepcionalmente rica y nos define, quizás como ningún otro artista de su tiempo, lo que ha de ser la actitud libre del artista «moderno» que sabe mirar a su alrededor y nutrirse de vida, sin prejuicios académicos ni reglas limitadoras.